

Sobre aviso.

“La tolerancia no ha provocado nunca ninguna guerra; la intolerancia ha cubierto la tierra de matanza.”

—Voltaire.

Yo siempre he sido de mucho mirar, lo reconozco sin ningún recato, de mirar y de que me miren, faltaría más. Hay quien podría pensar que es cosa que no tiene ningún mérito y que mirar es algo que cualquier lerdo puede hacer, pero no atinan con la sutileza del asunto y es que, aunque el personal se pase la vida con los ojos abiertos, no quiere decir que se den cuenta de lo que realmente sucede a su alrededor. Eso a mí no me pasa, no señor.

Pero mejor ser ordenado, empezar por el principio y como la historia es mía, ese principio ha de ser sin falla ninguna el mío propio. Corría el año 1916 y me dio por nacer un mes antes de lo previsto, en un pueblo al que prefiero no mentar. Según mi madre tenía prisa por venir al mundo, aunque yo creo que después de sudar todo el trajín de la vendimia, la que tenía prisa por parir era ella misma. Y así nací en septiembre, el mes del vino y de la caída de la hoja. Y sin duda ninguna mi sino ha estado guiado desde entonces por esos dos hados: la alegría bruja del tinto joven y la murria de un mortecino día de otoño.

Mi madre siempre me contaba que el parto fue muy rápido, que en dos jipíos y tres empujones ya estaba yo dando guerra, como si estuviera deseando salir a ver el mundo. Me contaba mi buena progenitora que recién venido a esta humanidad y cuando Maruja la partera me entregó a sus brazos, tenía ya los ojos bien abiertos para no perderme detalle y que en vez de llorar como una Magdalena le alegré el momento con mi primera sonrisa. La primera de muchas, que a pesar de los pesares ya fue raro verme sin ella en la cara.

Mi padre se llamaba Juan y aunque no renegaba de su nombre se le emparejó que era poca cosa para su primer vástago varón, se allegó derecho al taco del calendario comprobando que era el día de San Damián y Santa Delfina y como llamarme Delfín no le pareció apropiado para aquellas tierras de secano, me adjudicó sin dudar el nombre de Damián sin atender quejas ni sugerencias.

Qué buena infancia tuve, rediez. Y ya sé que salvo casos de tragedia todos los niños chicos son felices. Dale una caja de cartón y un cordel a cualquier rapaz pelón y lo tendrás en un instante jugando encantado, disfrutando de su tesoro más contento que unas castañuelas; por lo menos hasta que el vecino de al lado no salga a jugar con un colorido juguete nuevo y el niño antes feliz con lo que tenía, se vuelva desdichado en viendo las cosas que tienen otros. He visto como cambia la forma de mirar del niño cuando descubre la envidia y ese cambio no sabría decir si me da más pena que miedo. El descubrimiento de la envidia no es precisamente una fuente de felicidad y sin embargo, la mayoría de los mortales se pasan los días con sus noches entregados al poco sano arte del deseo de lo ajeno.

Por suerte a mí siempre me pareció que querer lo del vecino era una pérdida de tiempo. Al fin y al cabo, envidiar la vida o las posesiones de otro no es más que dedicar parte de tu existencia a preocuparte por cosas que pertenecen a vidas ajenas. Yo la verdad prefiero dedicarme a disfrutar de mi propio andar en vez de sufrir por los vericuetos del camino extraño.

Mi padre falleció cuando yo solo tenía un par de añitos, así que mi corta edad me ahorró el sufrimiento de su pérdida. Unas malas fiebres se lo llevaron entre toses y sudores. El médico dijo que con la penicilina quizá se hubiera salvado, pero parece que esa señora no es una habitual de los pueblos y que hasta en las capitales solo se prodiga entre las casas de postín, que le vamos a hacer.

Según me contaron, era un hombre agradable, familiar y mañoso en el arte de la tijera; me dejó en herencia sus ojos castaños, la sastrería que regentaba y los restos de una familia maravillosa, muerta de hambre, eso sí, pero maravillosa.

Si vives en un pueblo, tienes algo de tierra que labrar y ganas de trabajar, el hambre sólo viene de visita los años de sequía. Mi padre, el difunto sastre del pueblo, sólo tenía como hacienda su trabajo y no le fue mal mientras vivió. Pero al pasar a mejor vida mi progenitor, mi madre se encontró con dos niñas aún crecederas y un ochomesino que mantener. El cuadro no era como para tirar cohetes desde luego.

Pero el desánimo nunca ha dado de comer y como el oficio de sastre era imposible de aprender en dos mañanas, mi madre se hizo modista que era algo más llevadero de improvisar. Así, zurciendo pantalones de pana, ensanchando vestidos y haciendo crecederas las ropas de los zagales, nos fue sacando adelante dignamente y luciendo unos tipazos dignos de las estrellas del cine, que hasta al hambre se le puede ver algo positivo si se mira con buenos ojos.

Y así fui creciendo entre agujas e hilos, acunado por el traqueteo monótono de la vieja Singer, arropado por una familia donde la matriarca hizo pronto callo en el dedo del dedal y donde mis dos hermanas se hicieron mujeres haciendo bolillo y encaje de punto para ajuares ajenos, gastando su vista en noches interminables de brasero de picón y luz de candil. Y cuando faltaba la faena distraíamos al gusanillo a la luz de la candela entre risas, conversaciones interminables y bailes inventados.

Siempre he opinado que crecer rodeado de mujeres ha sido una bendición para mí. Los hombres viven la vida más físicamente, mientras que las mujeres tienen una vida más completa, viven un mundo lleno de sentimientos y por eso saben divertirse mucho más y mejor que los hombres. Como no tienen nada que demostrar a nadie no tienen vergüenza en reírse, cantar y bailar cuando les apetece, mientras que cualquier hombre parece obligado desde que vino al mundo a demostrar que es mejor que los demás y que cualquier diversión que no sea competencia es cosa de mujeres. Sin duda, de aquellas noches felices entre las mías saqué yo el gusto por la jarana y el baile, que, dicho sea de paso, siempre se me dio muy bien.

En la escuela no se me dio la cosa tan derecha, tengo que reconocer que las letras y sobre todo los números se me han resistido siempre, que siendo yo de natural nervioso, pasar medio día sentado memorizando la lista de los Reyes Godos no era cosa que me convenciera lo más mínimo. Y eso que el buen arte del maestro intentaba barajarse como bien podía, departiendo entre coscorriones y frases de ánimo, las lecciones más variopintas a una concurrencia de todas las edades y donde la continuidad de los alumnos se veía menguada dependiendo de la estación del año y la faena del campo que le correspondiese.

Pero mi señora madre se empecinó en que tenía que aprender algunas letras si quería ser algo en la vida y así seguí hasta donde la escuela del pueblo dio de sí.

De aquel tiempo, que se me antoja tan lejano, me quedo con el recuerdo de los amigos que hice y de cómo los fui perdiendo poco a poco. La mayoría de ellos dejaban los estudios definitivamente sin apenas saber leer ni escribir, para echar una mano en las labores del campo junto con sus familias. Pero sobre todos los recuerdos, el más vivo de todos es el de aquellos ojos aceitunados que encontré allí por primera vez arropados bajo el manto amable de la amistad infantil.

Y así crecí todo lo que mi condición de ochomesino famélico me permitió, siempre más cercano a mi afición del baile que a cualquier otro menester. Pero lo que en un crío era cosa que todos reían, conforme me hacía mayor empezó a ser tema habitual de comadres y alcahuetes. Sin duda la falta de otros entretenimientos en los pueblos nutre estas tareas de animosos voluntarios, deseosos de encontrar alguien a quien despellejar.

No voy a decir que no había oído antes aquel insulto, pero que, sin venir acuento en plena fiesta, la boca turbia de un borracho te llame maricón mientras te mira con rabia mal contenida, te deja una sensación de suciedad, como si te hubieran echado una espuerta de estiércol por encima de la cabeza. Por primera vez en mi vida no supe qué decir ni que hacer y a mi alrededor engordó un silencio espeso, apenas roto por los mal disimulados cuchicheos. Busqué refugio entre los míos y como siempre encontré consuelo entre los brazos maternos que me enseñaron a ignorar al ignorante

y a defender mi forma de ser sin tapujos, mirando de frente a los que me ofendieran como el que no tiene nada que ocultar, plantando cara con naturalidad a la necesidad y la intransigencia.

Así lo hice, aunque por desgracia el precio fue alto. Mis amistades clarearon como nunca, apenas quedaron tres o cuatro a los que nunca olvidaré y de entre ellos me alegré de que aquellos ojos verdes siguieran mirándome como un amigo, aunque a veces, sólo algunas veces, me pareció que además de amistad aquella mirada apuntaba algo más cálido, más humano y esa fue sin duda la mejor medicina para mis penas.

Con el tiempo los enredadores encontraron otras gentes a las que desollar y para mi alivio mi caso pasó a ser cosa ya trillada. Para entonces el pueblo ya se me quedaba pequeño y como ni la labranza ni la costura eran temas de mi interés, decidí probar fortuna en la capital, no sin antes pasar visita a la gitana Micaela para que me leyera el porvenir:

—Rapaz, las rayas de tu mano se leen más claras que un misal. Si quieres encontrar un mejor destino aquí ya no te queda nada bueno por hacer. Pero si te vas no vuelvas o el destino será el que te encuentre a ti —decía la gitanilla con los ojos como platos.

Desde luego algo raro debió de ver la vidente oficial del pueblo, porque ni cobrarme quiso la condenada y por toda explicación se fue haciéndose cruces, mirando para atrás, acoquinada y mascullando entre dientes una letanía que solo ella entendía. Desde luego eso debió ponerme en guardia sobre mi futuro, pero nunca he sido yo de los que se amojaman fácilmente. Si mi naturaleza hubiera sido otra, mi vida se hubiera alargado de seguro, pero también se habría tornado más sosa y de eso nada.

En dos padrenuestros ya tenía yo el petate hecho y viajaba sentado en las duras tablas de los asientos del tren correo con destino a la capital, rumbo a lo desconocido y derecho a buscar un futuro mejor, cosa que tampoco se me antojaba muy difícil teniendo en cuenta de donde partía.

Mis comienzos no fueron fáciles, para qué voy a soltar embustes, pero en la ciudad las oportunidades son infinitas comparadas con el pueblo y mi condición de zascandil y mi buen hacer como bailaror pronto encontraron un hueco en zambras y tablaos. El Niño Chico me apodaron pronto, imagino que mi porte de ochomesino esmirriado era todo lo que se necesitaba para ponerme semejante nombre artístico.

Aquella época de mi vida ha sido sin lugar a equivocarme la más feliz de mi existencia. En el bullicio de una población mayor apenas nadie te pone cara y cualquier afición pasa desapercibida entre la multitud. Además, es muy sencillo encontrar otras personas que compartan tus gustos y hasta había lugares específicos “sólo para caballeros”, donde poder mostrarse sin tapujos, rodeado de personas afines y con los que poder compartir buenos ratos de ocio nocturno y por qué no decirlo largas noches de cama. Nunca hablaré de estos encuentros como amorosos, ya que mi corazón hacía ya tiempo que estaba entregado, pero a falta de amor, bueno es un revolcón con el que desfogar los ánimos.

Así las cosas, cuando todo parecía irme de maravilla, estalló el horror. Nadie sabía muy bien el motivo, pero el caso es que se inició la peor de las guerras, una guerra entre amigos y familiares, una guerra civil.

Sin duda las guerras son terreno estercolado para los idiotas. La Ley, la decencia, todo desaparece al primer disparo y con la misma velocidad aparecen ojeadas llenas de recelo, de odio y de miedo. Se hablaba de listas negras, de desapariciones nocturnas y la palabra “paseílo” se volvió temible, susurrada entre dientes mientras se oteaba alrededor discretamente por si acaso.

Todos los que podían salían huyendo antes de que la larga mano del rencor ciego les alcanzara. Viendo semejante estampida decidí, no sin cierto desasosiego, ya que en mi memoria resonaba aún la profecía de Micaela, regresar al lugar que me vio nacer y que se me antojaba más seguro al estar entre familiares y conocidos de toda la vida.

Pero al llegar al pueblo la estampa que me encontré fue aún peor que la que dejé atrás. Las rencillas de toda la vida, que ya parecían olvidadas y encallecidas por el paso del tiempo, ahora renacían cargadas de rabia y los que tenían ahora el poder de las armas de su lado, lo ejercían haciendo de jueces, jurados y de terribles verdugos en procesos sumarísimos que se gestaban a voces, en el vientre oscuro de la taberna, donde los vapores del vino hacían renacer pleitos rancios y donde el destino de muchos inocentes se vio marcado sólo con mentar su nombre a destiempo, azuzada la voz acusadora por el ramalazo turbio de la inquina ebria.

Todavía resuena en mi mente el estruendo nocturno de la puerta coceada por media docena de culatas de fusil y los gritos rotos que sólo servían para jalearse la propia violencia sin sentido. Pronto llega a tus ojos doloridos el brillo ciego de las linternas sordas que no te dejan ver el rostro de los que te sacan a la calle a empujones. Apenas puedes ver nada alrededor, por eso los primeros golpes que te caen apenas duelen por la sorpresa, pero ojo, que cuando la sorpresa pasa el dolor llega, con algo de retraso como digo, pero llega y con ganas. Y entonces tu voluntad se quiebra, sólo puedes hacer lo que te ordenan y te dejas montar a empujones dentro del carro donde tiritan de terror otros paisanos que han sufrido tu misma suerte y que se acurrucan dónde bienamente pueden.

Y cuando el carro se mueve hacia tu destino, el miedo apenas te deja mirar atrás, donde las súplicas y las lágrimas de las mujeres van quedando silenciadas por la distancia, retenidas por un odio enfermizo contra el que el llanto más fuerte nada puede. ¿Acaso puede la rosa, por muy erizada de espinas que se vista, parar el filo del acero?

No hubo interrogatorio, ni más palos, ni explicaciones. El resto de aquella noche negra lo pasé en el sótano del ayuntamiento junto con algunos que conocía y otros cuyas caras cenicientas no había visto nunca. Algunos pasaron la noche maldiciendo a voces todo lo divino y lo humano sin recibir réplica, unos pocos se debían conocer de antes y cuchicheaban sumidos en lo oscuro, mintiéndose los unos a los otros para darse ánimo y muchos sollozaban como niños balbuceando retahílas sin el menor sentido. Entre estos encontré a mi antiguo maestro de la escuela y a

Marcelino “el Sota” que siempre había adjurado de la divinidad y que ahora rezaba sin parar, como un fraile enloquecido.

Cantó el gallo y lució el Astro con una luz rojiza, entreverada por unos pocos nublos, tras los que hasta el Sol parecía querer esconderse para no ver el espanto que se avecinaba.

Ya está todo dicho, aquí estamos, un maestro de escuela, “el Sota”, un servidor, dos anarquistas de oficio banderilleros y un poeta muy bien vestido, que mira a todos lados con unos enormes ojos llenos de miedo y pasmo a partes iguales, como si no se explicase lo que hace él aquí; como si alguno de nosotros lo supiéramos, ya te digo.

Habrà quien no me crea, pero juro que no tengo miedo. Y no lo tengo porque, como ya tengo dicho, hay que saber mirar y donde otros no ven más allá de la hilera de las tenebrosas bocas de los fusiles que ahora nos apuntan, yo alcanzo a ver que detrás de uno de ellos se esconden los ojos aceitunados que adoro y que sé que me han conocido. Los puedo reconocer aún arrasados por el llanto, los reconozco hasta ahora que están vestidos de vergüenza y miedo. Trato de mirarlos por última vez, quiero hacerle ver que todo está bien, que estoy contento de que al menos él esté a salvo, aunque tenga que seguir mintiendo y escondiendo el amor que veo, una vez más disimulado en el fondo de aquella mirada, aquella última mirada.